

# DE ZAPATA A CHIAPAS O LA REVOLUCIÓN MEXICANA NO CONCLUIDA. UNA REFLEXIÓN DESDE ESPAÑA

MARÍA JOSÉ VILAR

## RESUMEN

Aproximación desde España a la Revolución mexicana por definición, es decir la iniciada en 1910, que tuvo sus máximos protagonistas en E. Zapata y D. Arango (“Pancho Villa”), e institucionalizada después en el marco de la Constitución de 1917 con V. Carranza, A. Obregón, P.E. Calles y L. Cárdenas, entre otros. Todos ellos vinculados al Partido Revolucionario Institucional (PRI), de orientación democrático-socialista, perpetuado en el poder durante gran parte del siglo XX hasta su derrocamiento el año 2000 por una alternativa de centro-derecha (Partido de Acción Nacional –PAN–), si bien el PRI se ha impuesto de nuevo en las recientes elecciones generales de julio de 2012. Es analizada, aparte la Revolución en sí misma considerada, la conflictiva dinámica político-social del país en ese dilatado período y los esfuerzos practicados para la consecución de los objetivos revolucionarios básicos. En particular la reforma agraria, reducir la desigualdad social, elevar el nivel cultural y asegurar un crecimiento económico sólido y sostenible. Objetivos que pese a logros parciales concretos distan de haberse alcanzado, si bien en los últimos tiempos viene abriéndose una nueva y esperanzadora andadura. Especial atención al programa revolucionario y su aplicación, a la dinámica político-institucional, a las transformaciones socio-económicas, a la participación española en los logros alcanzados por la actuación de inmigrados laborales, inversores y exilados políticos –sobre todo los del exilio republicano de 1939–, y a la proyección internacional de la Revolución mexicana.

## ABSTRACT

This is an approach from Spain to the Mexican Revolution by definition. That is, the one initiated in 1910, whose best representatives were E. Zapata and D. Arango (“Pacho Villa”). Revolution that was institutionalized later within the framework of 1917 Constitution with V. Carranza, A. Obregon, P.E. Calles and L. Cardenas, among others. All of them linked to the Institutional Revolutionary Party (PRI). A democratic-socialist oriented party, perpetuated in power for a large part of the twentieth century until it was overthrown in 2000 by a center-right alternative (National Action Party -PAM-). Regardless that the PRI has been imposed again in the recent general elections in July 2012. In this paper, we analyze, apart from the above-mentioned Revolution, the controversial socio-political dynamics of the country in a long period of time as well as the efforts made to achieve its corresponding revolutionary goals. Namely, to establish the land reform, to reduce social inequality, to raise the cultural standards and to ensure a strong and sustainable economic growth. Objectives that despite some

partial specific success are still far from being achieved, although in recent times it is starting a new and promising stage. The present work also pays special attention to phenomena like the revolutionary program and its implementation, the political and institutional dynamics and to some socio-economic changes. Lastly, this study touches upon some further aspects such as the Spanish participation in the progress achieved by the labor immigrants, investors and political exiles -especially those ones related to the 1939 Republican exile- and the international projection of the Mexican Revolution.

PALABRAS CLAVE: Revolución mexicana, E. Zapata, P. Villa, Estados Unidos, siglo XX

KEY WORDS: The Mexican Revolution, E. Zapata, P. Villa, the United States, the twentieth century

## 1. PLANTEAMIENTO

Mi primera toma de contacto con el tema de la Revolución mexicana no se conecta a un libro sino a un viejo filme o película de amplia proyección posterior y que todavía puede verse, *¡Viva Zapata!*, de Elia Kazan. En su conjunto un testimonio impresionante, casi documental, del que es acaso el capítulo más destacable de esa Revolución, no por su trascendencia (en el norte y centro del país las actuaciones de Villa, Carranza y Obregón fueron más determinantes) sino por vincularse a quien es sin duda su símbolo más auténtico y perdurable: Emiliano Zapata, líder del levantamiento campesino en el sur.

Debo decir que a mi paso por las aulas universitarias me introduje en la temática del México revolucionario del siglo XX a través de referencias contenidas en diferentes manuales de historia. Noticias bastante generales porque en ellos, los españoles se entiende, no suele prestarse atención prioritaria a cuanto queda fuera del eje Europa occidental-Estados Unidos.

A esas lecturas han seguido otras, más específicas, incidentes sobre el tema en cuestión. Para orientarme, y al propio tiempo facilitar mi indagación, he recurrido, a diferentes repertorios de fuentes documentales<sup>1</sup> y bibliográficas<sup>2</sup>, así

1. Entre otros repertorios: Mc GOWAN, G.L. (coord.): *La Revolución mexicana a través de sus documentos*, México 1987; FABELA, I. (dir.): *Documentos históricos de la Revolución mexicana*, México 1976.
2. Véase, entre otros: RAMOS, R.: *Bibliografía de la Revolución mexicana*, México 1940; AUB, M.: *Guía de narradores de la Revolución mexicana*, México 1969; OCAMPO, A.M.: *Diccionario de escritores mexicanos, siglo XX: Desde las generaciones del Ateneo y novelistas de la Revolución hasta nuestros días*, México 1988ss.

como a aproximaciones globalizadoras<sup>3</sup> e interpretativas<sup>4</sup> del asunto indagado. También a biografías y otras monografías sobre temáticas concretas<sup>5</sup>, a aportaciones puntuales y recensiones bibliográficas contenidas en revistas especializadas, e incluso a noticias y colaboraciones aparecidas en la prensa y otros medios audiovisuales en relación con sucesos de México estimados relevantes. Algunas de ellas especialmente intuitivas y certeras como las del novelista mexicano Carlos Fuentes, de alguna de las cuales hago referencia en estas páginas.

La presente y sucinta aportación no pasa de ser una percepción personal. Desde luego muy condicionada ante todo por mi específica y doble formación como geógrafa e historiadora contemporanista, y también por las concretas fuentes en que se sustenta, escritas dentro y fuera de España, y seleccionadas con mejor o peor criterio entre una bibliografía inabarcable. Solamente entre 1967 y 1982 hay "... doscientos libros indispensables..., y millares de artículos", según refiere uno de los tratadistas consultados<sup>6</sup>. Y una cifra acaso tres o cuatro veces superior en los últimos treinta años. Sobre todo a partir del desencadenamiento en enero de 1994 de la crisis de Chiapas, de amplia repercusión internacional. Y es que la Revolución mexicana iniciada en 1910 no ha concluido, y a juicio de varios notorios especialistas en no pocos aspectos todavía está por hacer.

3. ABAD DE SANTILLÁN, D.: *Historia de la Revolución mexicana*, Madrid 1976; GARFIAS, L.: *La Revolución mexicana. Compendio histórico*, México 1980; GUERRA, F.-X.: *Du Mexique de l'Ancien Regime a la Revolution*, París 1985; o bien, entre otros: BAILÓN CORRES, J.; MARTÍNEZ ASSAD, C. y SERRANO ÁLVAREZ, P. (coords.): *El siglo de la Revolución mexicana*, México 2000.
4. GILLY, A. et alii: *Interpretaciones de la Revolución mexicana*, prólogo de H. Aguilar, México 1979, o bien LORENTE-MURPHY, S.: *Juan Rufo: Realidad y mito de la Revolución mexicana*, Madrid 1988, y AZUELA DE LA CUEVA, A. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (eds.): *México y España: huellas contemporáneas. Resimbolización, imaginarios, iconoclastia*, prefacio de J.J. Ruiz Ibáñez, Murcia 2010, entre otros.
5. Hacemos referencia a varias de ellas en notas infra. Véanse también dos atrayentes estudios comparativos sobre los dos máximos dirigentes revolucionarios mexicanos en ORELLANA, M.: *Villa y Zapata. La Revolución mexicana*, Madrid 1988, y ALBA, V.: *Pancho Villa y Zapata: Águila y sol de la Revolución mexicana*, Barcelona 1997. Por lo demás la bibliografía sobre ambos líderes resulta inabarcable. Desde recopilaciones de sus escritos (véase, por ejemplo GUZMÁN, M.L. (ed.): *Memorias de Pancho Villa*, México 1984) a aportaciones coetáneas o actuales, entre las cuales las de H. Aguilar Camín, V. Alba, A. Ayala Anguiano, L. Garfias, F. Katz, A. Langle, E. Pierri, F. Pineda, A. Reyes, J. Steinbeck o J. Womack, entre otros.
6. AGUILAR CAMÍN, H.: *Saldos de la Revolución. Cultura y política en México*, México 1982, 9-10 (hay ediciones posteriores). Del mismo autor, y sobre similar temática, véase a su vez: *La conspiración de la fortuna*, Barcelona 2005.

La investigación aquí aportada me ha abierto nuevos horizontes sobre un país fundamental como es México, tan similar y al propio tiempo tan diferente a España. Después de Brasil es el tercero en población –en torno a los 112.000.000 de habitantes–, recursos naturales e incluso en desarrollo y perspectivas futuras en todo el ámbito iberoamericano, y con 1.969.344 km<sup>2</sup> el tercero en extensión después de Brasil y Argentina. Por ello quisiera saber más sobre el mismo, como también sobre los otros estados de la América hispana, de la que con harta frecuencia los españoles tenemos percepciones tan estereotipadas como irreales. Sin duda al español común le sucede igual con otros puntos del planeta distantes o poco conocidos, lo cual hasta cierto punto resulta casi lógico. Por lo demás, no cabe duda de que el complejo y diverso mundo mexicano es hoy referente obligado para comprender el alcance de los desequilibrios, deficiencias e incluso abusos sobre los que se asienta la tan traída y llevada sociedad de bienestar en el presente mundo globalizado.

## 2. UN PAÍS PARA UNA REVOLUCIÓN

La independencia del Virreinato de la Nueva España, con sede en Ciudad de México, tuvo lugar en 1821, favorecida por la crisis institucional y agitaciones socio-políticas inseparables de nuestro Trienio Constitucional, erigiéndose el territorio independizado en monarquía semiabsolutista (Imperio de México) con Agustín I (coronel criollo Agustín de Iturbide, español nacido en México), si bien no tardó en dar paso a un régimen constitucional y republicano inspirado en el de los Estados Unidos. De la inmensidad territorial del nuevo estado baste decir que iba desde Oregón a Panamá, aunque no tardó en entrar en un proceso de contracción imparable, bajo los efectos de la segregación de toda la Centroamérica ístmica (antigua Capitanía General de Guatemala) constituida en cinco repúblicas diferentes, así como de Texas (autoincorporada luego a la Unión norteamericana), y por la agregación sistemática a los Estados Unidos de vastos espacios en el transpaís del Pacífico. Proceso este último culminante en 1848 con una guerra entre México y su vecino septentrional, que puso su frontera en el Río Grande del Norte con la consiguiente anexión de un amplísimo territorio organizado después dentro de la Unión como estados de California, Arizona, Utah y Nevada, así como parte de los de Nuevo México, Colorado y Wyoming.

Entre tanto México, presa de endémicas agitaciones políticas culminantes en una guerra civil, aparte de otro conflicto internacional (invasión francesa y establecimiento aunque temporal de un régimen político intruso –Imperio de Maximiliano I–), apenas pudo remontar su estancamiento. Precaria situación esa que, con variable éxito traducido en modestos logros, intentaron resolver con sus reformas el presidente Benito Juárez (indio zapoteca) a partir de

1855, y luego, desde 1876, el general Porfirio Díaz, si bien en este caso bajo un régimen dictatorial perpetuado hasta 1910, año en que se inicia la Revolución mexicana por definición. Esta tuvo sus dirigentes más emblemáticos y notorios en los líderes campesinos Emiliano Zapata y “Pancho Villa” (Doroteo Arango), protagonistas ambos de un proceso revolucionario prolongado durante gran parte del siglo XX, y en cuanto a objetivos no logrados, hasta el momento presente. Un proceso que, denso y complejo, intentaré analizar aquí en sus dimensiones básicas.

En efecto, en 1910 México, en el arranque de su definitivo proceso revolucionario y no obstante sus múltiples limitaciones y deficiencias, era un país en relativo desarrollo y transformación. En las últimas décadas se había realizado un importante esfuerzo modernizador, plasmado sobre todo en la creación de una infraestructura viaria (ferrocarriles principalmente), en la renovación de los puertos, en una cierta mecanización agrícola y en una incipiente revolución industrial. Todo ello posibilitó su transformación en importante exportador de materias primas y en un incremento espectacular de su comercio exterior con favorable balanza de pagos. Proceso ese impulsado por la atracción de numerosos capitales extranjeros tanto europeos (británicos en primer lugar) como sobre todo norteamericanos.

Pero ese desarrollo se nutría de la miseria de una amplia masa de campesinos, que constituía el 80% de la población del país, y que en su 90% era analfabeta. De forma que los beneficios de la bonanza económica recaían en una minoría exigua, y más débilmente en las nacientes clases medias urbanas. En su conjunto, menos del 20% de la población.

Los tenaces esfuerzos desplegados hasta el momento para hacer de México un país de inmigración europea como factor de expansión demográfica y desarrollo económico tuvieron poco éxito, en razón de su elevada densidad demográfica en relación a sus recursos, y además por sus bajos salarios y escasa capacidad adquisitiva, siendo por tanto país poco interesante para la inmigración. De otro lado presentaba fuertes desequilibrios interregionales y sectoriales en cuanto a niveles de modernización y progreso, siendo máximo en el norte y mínimo en el sur. Esa realidad en cierta medida ha llegado hasta hoy. En cuanto a la población, el componente prehispánico era y es determinante: 80% mestizos, 10% indígenas, 9% blancos y 1% negros y mulatos<sup>7</sup>.

La desamortización de los bienes de la Iglesia, de los de una parte de la abolida nobleza, de los municipios y del propio Estado no fue acompañada de la necesaria reforma agraria. De forma que la gran propiedad pasó casi intacta de manos, e incluso creció el latifundio. En 1910 menos del 1% de la población controlaba el 97% de la tierra cultivada. Ello da idea de la enorme

7. VV.AA.: *América Latina: contradicciones y esperanzas*, Bilbao 1993, 81.

masa existente de jornaleros desposeídos o sin acceso a la propiedad. Pero incluso en el 1% dominante las desigualdades eran notorias, por cuanto el 0,05 de ellos poseían 78 millones de hectáreas, con una media de 100.000 por propietario<sup>8</sup>.

Ni qué decir tiene que la masa de jornaleros o peones, e incluso los pequeños agricultores independientes, vivían en condiciones de mera subsistencia, desprovistos de cualquier tipo de asistencia social o cultural. Su situación empeoró con la introducción del capital extranjero (norteamericano principalmente) que controlaba una parte considerable de las grandes explotaciones ganaderas en el norte y centro, y las plantaciones de cultivos comerciales (azúcar, café, algodón...) en el resto del país. La incipiente mecanización agrícola tuvo muy negativa incidencia sobre los salarios de unos jornaleros con escasa o nula cobertura sindical. Otro tanto sucedía con la minería, a su vez controlada por el capital extranjero (compañía británica “Real del Monte”, la norteamericana “Cananea”, la “Standard Oil” en el naciente sector petrolífero..., etc.). A su vez, las comunicaciones (sobre todo los ferrocarriles) e incluso la industria y el comercio de exportación/importación en buena parte se hallaban dominados por capital exterior, dado que el nacional era bastante inmovilista, y se canalizaba preferentemente hacia inversiones poco productivas pero de escaso riesgo: los bonos de Deuda pública por ejemplo (garantizados por el Estado), o bien la compra de tierras.

Por ello las haciendas rústicas, incluidas las más grandes, solían ser escasamente lucrativas e incluso irrentables en razón de su baja productividad (técnicas anticuadas, pocas inversiones) y carácter económico casi autárquico. El absentismo del propietario era frecuente, y solían recurrir a un administrador (con frecuencia europeo o norteamericano), cuyo objetivo no era introducir mejoras sino enriquecerse, una vez abonada la renta correspondiente al propietario. François Chevalier, siguiendo a Molina Enríquez y otros estudiosos del tema, afirma<sup>9</sup> que el latifundista se apegaba a su hacienda más que por afán de lucro, por prestigio social e incluso “por espíritu de dominación” feudal sobre un conjunto de personas sometidas casi a servidumbre. Una tesis

8. MARTÍNEZ DÍAZ, N.: “Los radicalismos”, en LUCENA SALMORAL, M. (coord.): *Historia de Iberoamérica*, Madrid 1988, 479-558; MENEGUES BORNEMANN, M. (ed.): *El agrarismo de la Revolución mexicana*, prólogo de J. Maestre Alfonso, Madrid 1990; ÁVILA PALAFOX, R.: MARTÍNEZ ASSAD, Carlos, y MEYER, Jean (coords.): *Las formas y las políticas del dominio agrario. Homenaje a François Chevalier*, México 1992; CHEVALIER, F.: *La formación de los latifundios en México: Hacienda y sociedad en los siglos XVI, XVII y XVIII*, México 1999 –hay otras varias ediciones de esta fundamental obra en francés, castellano e inglés-.
9. CHEVALIER, F.: *América latina, de la independencia a nuestros días*, Barcelona 1983, 214.

acaso no rigurosamente cierta, pero que no deja de tener un fondo de verdad, aunque los hacendados, siquiera desde tiempos de Porfirio Díaz, intentaron hacer más rentables sus latifundios, y algunos lograron convertirse en verdaderos empresarios agrícolas.

Precisamente fueron estos empresarios, pero también compañías agroalimentarias organizadas al efecto, quienes protagonizaron e impulsaron las principales usurpaciones y acaparamientos de tierras en comunidades y pueblos, en ocasiones con finalidad meramente especuladora más que para modernizarlas e incrementar la producción. Una práctica que venía muy de atrás, de la época de la colonia (despojo de comunidades indígenas), y sobre todo tras la independencia, en que fue desmantelada la cobertura legislativa que más o menos protegía a los pueblos, que quedaron ahora enteramente a merced de los poderosos y sin apenas capacidad jurídica para defenderse. Sobre todo cuando, como solía ocurrir, no podían probar con documentos fehacientes la propiedad de sus tierras.

Por ello la legislación liberal empeoró las cosas al dejar a los campesinos casi en total indefensión cuando faltaban títulos de propiedad de sus ejidos o tierras de uso comunal. Como ocurrió incluso con las *Leyes de la Reforma* de 1857-59 propugnadas por Benito Juárez para cortar abusos y preservar el dominio de las corporaciones locales sobre sus tierras contra las pretensiones de los caciques, leyes que en la práctica era frecuente que se volvieran contra unos Ayuntamientos incapaces de acreditar la propiedad de sus ejidos, salvo por el uso inmemorial. Igual sucedió con las *Leyes de Colonización* de 1875, que potenciaban la transferencia a particulares de baldíos y tierras mal cultivadas con compromiso de explotarlas adecuadamente por parte de los compradores o adquirentes<sup>10</sup>.

Esas transferencias recibieron nuevo impulso a partir del año siguiente (1876), bajo la dictadura de Porfirio Díaz, prolongada por espacio de casi 35 años, hasta 1910. Sobre todo al ser promulgadas las famosas *Leyes de Baldíos*, en virtud de las cuales los pueblos podían ser despojados sin más trámites en el caso, muy frecuente, de no poder presentar títulos jurídicos irrecusables. Las transferencias se incrementarían a partir de 1894, en que cesó el límite legal de 2.500 hectáreas para cada adquirente, y también la obligación de ponerlas en cultivo<sup>11</sup>. Baste decir que en 1910 habían sido objeto de expropiación 40.000.000 hectáreas, la quinta parte del territorio nacional<sup>12</sup>.

10. Amplia información al respecto en WOMACK, J.: *Zapata y la Revolución mexicana*, México 1969 [hay varias reediciones]. Véase también BARBA GONZÁLEZ, S.: *La lucha por la tierra, Emiliano Zapata*, 2ª ed. México 1980.

11. *Ibidem*.

12. CHEVALIER, F.: *América latina...*, 218.

No cabe duda de que el problema de la tierra y la urgencia de una reforma agraria figuraban entre las grandes cuestiones pendientes de resolución al término de la dictadura de Díaz.

### 3. EL PORFIRIATO O EL PRECIO DEL “PROGRESO”

Los avances modernizadores de México entre 1875 y 1910, en la medida en que se dieron, tuvieron lugar al amparo de una cierta estabilidad política sin precedentes en la historia mexicana desde la independencia. Una estabilidad fundada sobre un orden férreo excluyente de libertades, personificado por el general Porfirio Díaz, “don Porfirio”.

Era Díaz un militar no exento de talento y sobre todo de ambiciones, que en su juventud se había hecho de una reputación de liberal y patriota en la lucha contra los ocupantes franceses, y como colaborador de Benito Juárez y de su reforma, de quien después se distanció. Desde 1875 en que llegó a la presidencia con el lema “No reelección” esgrimido contra Lerdo de Tejada, el sucesor de Juárez, había sustituido gradualmente el régimen de libertades por su dictadura personal, haciéndose reelegir siete veces presidente de la República, y montando un sistema político oligárquico-caciquil fundamentado en una red de interesadas lealtades personales, y a su vez en la fidelidad de unas fuerzas armadas muy bien retribuidas y por tanto satisfechas<sup>13</sup>. Con el eslogan “Poca política y mucha administración”, acaso inspirado en otros similares del autoritario político español isabelino Juan Bravo Murillo (“menos política y más administración”...), silenció a la prensa independiente, impidió la organización de partidos de oposición, restringió las libertades constitucionales, usurpó las funciones de las dóciles Cámaras parlamentarias incluso en las dos competencias básicas que les eran propias (la iniciativa de las leyes y el control del presupuesto), y cortando sin contemplaciones todo amago de oposición. Sobre todo en el campo, sirviéndose aquí de la temible Guardia Rural.

El dictador y sus colaboradores tomaron todas las medidas necesarias para que 1910, con ocasión del primer centenario de la insurrección inicial independentista contra España (la del cura Miguel Hidalgo), fuese también de apoteosis de su régimen. En realidad sería el de su caída, cosa en principio imprevisible, aunque no descartable habida cuenta de que Díaz, a sus ochenta años de edad y casi treinta y cinco de mandato, no podría mantenerse en el poder por mucho más tiempo.

13. Sobre Díaz, su sistema político y su actuación véanse PÉREZ HERRERO, P.: *Porfirio Díaz*, Madrid 1987 y ROSAS, A.: *Porfirio Díaz*, México 2002, quienes remiten, además, a las fuentes documentales y bibliográficas disponibles.



De otro lado no faltaban motivos para un creciente malestar social. Así la desposesión sistemática de los pequeños campesinos independientes y la usurpación de los ejidos o tierras comunales, en ambos casos por los latifundistas, un proceso que, como queda dicho, venía muy de atrás, de la época colonial, pero acelerado bajo la dictadura porfiriana. También era preocupante la sistemática explotación del peonado o jornaleros, sujetos por los hacendados a míseros salarios e inhumanas condiciones de vida, de forma que teniendo que adquirirlo todo a crédito en las “tiendas de raya”, propiedad de aquéllos, vivían siempre endeudados y, en la práctica, reducidos de por vida a la condición de siervos. Contribuía a su vez a este panorama opresivo la imposibilidad de los trabajadores urbanos de organizarse en eficientes sindicatos para defender sus intereses de clase y poder incrementar sus mezquinos jornales, intentos que así como las huelgas, por ejemplo las de los mineros de la “Cananea” (Sonora) en 1906, o las de los obreros textiles de Río Blanco (Veracruz) en 1907, invariablemente eran reprimidas por el ejército a sangre y fuego; o bien los deseos incontenibles de las nacientes clases medias urbanas de influir en las decisiones políticas, de que estaban excluidas por una reducida oligarquía omnipotente. A todo ello cabe sumar la creciente reticencia de los Estados Unidos hacia un régimen sin futuro por causa del agotamiento biológico de sus cuadros, y al que deseaba hallar una alternativa para asegurarse el necesario interlocutor a fin de proteger sus importantes intereses en México. Todo predecía un próximo final del porfiriato.

La dictadura de Díaz tenía sus raíces en un juarismo marginal formado por radicales excluidos por Juárez y por militares sin escrúpulos, frustrados unos y otros en sus ambiciones políticas. Luego se les unieron quienes lo hicieron por convicción, por intereses u oportunismo. Hacia 1910 los partidarios y colaboradores directos del dictador constituían un reducido círculo enriquecido, sin contacto con el pueblo, aliado del capitalismo extranjero, y que lo controlaba y manipulaba todo con la ayuda de un cuerpo de expertos tecnócratas, los autodenominados *científicos*<sup>14</sup>.

Díaz, igual que hizo después Primo de Rivera en España, desmanteló en beneficio propio los partidos políticos existentes. Además erradicó los hábitos civilistas que intentara introducir Juárez en la sociedad mexicana, de forma que al producirse su caída no fue posible regresar a la normalidad constitucional. Antes al contrario, en el caso de México, se retrocedió al caudillismo típico del siglo XIX, en tanto el caciquismo se extendió más que nunca, desde el plano local y regional al nacional.

14. HAMMET, B.R.: “La Regeneración. 1875-1900”, en LUCENA SALMORAL, M. (coord.): *Historia de Iberoamérica*, Madrid 1988, 317-405 (en particular “El porfirismo mexicano”, 368-75) –véase también la reedición revisada y ampliada de esta obra publicada en 1992 por la misma editorial en colaboración con la Sociedad Estatal Quinto Centenario–.

Bien por presión internacional, bien por estrategia electoralista, o por ambos factores, en 1909, al aproximarse las elecciones generales del siguiente año, Díaz anunció en una entrevista con el corresponsal de un importante diario norteamericano, su intención de no presentarse a la reelección, su fe democrática y su deseo de que se perfilaran partidos de oposición para concurrir a las elecciones junto al partido oficialista. No tardó en verse que todo era un engaño para que se destapasen los críticos y así dejarles fuera de juego. Díaz fue reelegido por inmensa mayoría en unas elecciones tan manipuladas como las anteriores, y sus opositores terminaron en el cárcel o tuvieron que buscar refugio en los Estados Unidos. Este fue el caso del abogado Francisco Madero, formado en Europa, líder del “Club Antirreeleccionista”, principal partido de oposición, y miembro de una rica familia terrateniente de Coahuila. También autor de un libro que tuvo gran impacto en la época, *La sucesión presidencial*, y de un programa político renovador y avanzado, aunque bastante inmovilista en lo socio-económico como propio de un intelectual rico formado en los principios del liberalismo clásico.

El inmenso fraude electoral y la represión subsiguiente fue la gota de agua que desbordó el vaso del malestar social. A comienzos de 1911 Pascual Orozco y Pancho Villa aglutinaron la insurrección en el norte, con centro en el estado de Sonora, de donde procedían la mayor parte de sus cuadros, insurrección a cuyo frente se colocó el propio Madero. En el resto de la república los levantamientos campesinos se dieron por doquier, el más importante de los cuales encabezado por Emiliano Zapata en el estado de Morelos, al sur del país. A esto se sumaba la movilización de 20.000 soldados por los Estados Unidos en la frontera como presión para que fueran garantizados los intereses de sus nacionales, y la propia ineptitud del gobierno de Díaz y de su desconcertado ejército para afrontar una crisis imprevista y de magnitud sin precedentes.

Cuando en mayo de 1911 Villa tomó al asalto Ciudad Juárez, en la frontera con los Estados Unidos, todo se vino abajo. La revuelta se extendió a todo el país, incluida la capital, y Díaz se vio obligado a presentar su renuncia al Congreso, en un famoso memorial en el que se permitía hacer su autoapología, al tiempo que hacía relación de todo lo que la patria le debía desde los tiempos ya lejanos en que, codo con codo con Benito Juárez, acabó con el régimen usurpador de Maximiliano y echó a los franceses fuera de México<sup>15</sup>. Cuando días más tarde se embarcó para Europa, no dudó en elegir, sin embargo, como

15. Véase PÉREZ HERRERO, P.: *Porfirio Díaz...* y ROSAS, A.: *Porfirio Díaz.... A su vez* COSSÍO VILLEGAS, D.: *Historia moderna de México. El Porfiriato*, México 1955, 2 vols., y GARCÍA GRANADOS, R.: *Historia de México desde la restauración de la República en 1867, hasta la caída de Huerta*, 2ª ed., México 1956, vol. II.

punto de retiro una magnífica mansión en París. La compró con parte de los millonarios ahorros que tenía colocados en el extranjero, y allí residió hasta su muerte en 1915.

No cabe duda de que Díaz fundamentó su régimen, y sobre todo su permanencia personal en el poder por espacio de 35 años, tiempo excepcionalmente largo para un país de crónica inestabilidad política, en la mentira, el engaño, la delación, la violencia y sobre todo la corrupción. Un sistema que, desafortunadamente, dejaría hondas secuelas y lastraría en parte al posterior régimen revolucionario, limitando así sus posibilidades de cambiar los hábitos político-sociales mexicanos.

#### **4. UNA DIFÍCIL Y FRUSTRADA NORMALIZACIÓN INSTITUCIONAL: DEL FRACASO DE MADERO A LA DICTADURA DE HUERTA**

Tras la marcha de Díaz, no tardaron en aflorar las profundas contradicciones y diferencias que dividían a los enemigos de la dictadura caída. La presidencia interina fue ocupada por el licenciado Francisco León de la Barra, representante en cierto modo del continuismo, y a quien correspondió organizar elecciones presidenciales. Su actuación no tardó en chocar con la de Madero, jefe civil de la revolución y principal candidato a la presidencia. A ello había que sumar las escisiones internas del campo revolucionario, la negativa de Villa, Zapata y otros jefes insurgentes a licenciar sus tropas en tanto la revolución institucional, social y agraria no estuviera realizada, y las conjuras de los hacendados y grupos porfiristas (entre los cuales la propia familia de Madero), que contaban con el apoyo de generales ambiciosos como Huerta, Reyes, Rábago y otros, y del Ejército federal.

El caso más grave y más ilustrativo de esta confusa situación se produjo en el estado sureño de Morelos, en el que Zapata y sus seguidores tenían más interés en el reparto de la tierra que en la efectividad del sufragio o en la reforma constitucional, preocupaciones máximas de Madero. Por tanto se negaron a deponer las armas hasta la consecución de sus objetivos.

Madero, cuyo valor personal y buena fe son incuestionables, fue a entrevistarse con el caudillo agrarista, a quien aseguró que, una vez asumiera él la presidencia, los campesinos recuperarían las tierras que les habían arrebatado los hacendados, cumpliendo así lo que tenía prometido ya en el Plan de San Luis Potosí. Zapata prometió ayudarlo a derrocar al presidente interino, y al propio tiempo escribió a León de la Barra una carta memorable, protestando contra los desmanes de los hacendados porfiristas, contra los excesos de las tropas federales, demandando la devolución de las tierras y solicitando su mediación para poner coto a toda suerte de desmanes en tanto no se pusiera en

marcha la reforma agraria<sup>16</sup>. La respuesta de León de la Barra fue contundente. Lanzó contra él al Ejército federal al mando del general Victoriano Huerta. Zapata se creyó engañado por Madero e inició una guerra de guerrillas en el estado de Morelos y territorios limítrofes que ya no cesaría hasta su muerte.

Como era de esperar Madero ganó las elecciones. Pero su situación se tornó imposible al tener que guardar un difícil equilibrio entre el respeto a la legalidad constitucional y los cambios rápidos propugnados por los sectores populares que le habían llevado a la presidencia, así como los intereses creados de la oligarquía porfirista y las multinacionales, y de otro lado las demandas de justicia social, y entre el Ejército federal y los jefes militares de la revolución, sometidos uno tras otro, aunque no todos. En efecto, Villa y su División del Norte no pudieron ser abatidos, como tampoco Zapata y los suyos en el sur.

Este último, en 25 de noviembre de 1911, días después de la toma de posesión de Madero, hizo público su celebre *Plan de Ayala*, en el que desconocía la autoridad del nuevo presidente y diseñaba un vasto programa de reforma agraria, centrado en la restitución a pueblos y particulares de las tierras usurpadas por los terratenientes, y proponía además la expropiación de una tercera parte de los latifundios, previa indemnización a los propietarios, al objeto de proceder a repartirlos entre los campesinos. Madero envió un ejército para someterlo, pero Zapata eludió el combate en campo abierto y no pudo ser derrotado ni capturado<sup>17</sup>.

16. Este documento marca un antes y un después en el movimiento zapatista. Helo aquí:

“Cuautla. Morelos, a 17 de Agosto de 1911. // Señor Presidente interino de la República, // Lic. don Francisco León de la Barra. // México, D.F. // Señor: // La presencia de las fuerzas federales ha venido a trastornar el orden público. El pueblo se indigna cada vez más con su presencia y amago: ruego a usted, en bien de la patria, ordene el retiro de las fuerzas federales y yo haré la paz en veinticuatro horas. El pueblo tiene entendido que un grupo de hacendados científicos, ha provocado este conflicto; es justo que se atienda a las demandas equitativas del pueblo. Nosotros representamos la causa de él y no es posible que se trate de asesinar los principios de la revolución llevada a cabo por don Francisco I. Madero. El pueblo quiere que se respeten sus derechos; el pueblo quiere que se le atienda y se le oiga, y no es posible que, porque hace una petición, se trate de acallarlos con bayonetas. Si desgraciadamente se derrama sangre, la nación entera nos juzgará, lo mismo que la historia dictará su fallo para juzgar a los culpables. Aún es tiempo de que se evite un derramamiento de sangre inútil, y espero de su patriotismo que usted lo evitará. Protesto a usted mi atención y profundo respeto y espero su contestación. EMILIANO ZAPATA”.

(ZAPATA, E.: *Cartas*, y edición de C. López y O. Cortés, México 1987, 11.

17. BARBA GONZÁLEZ, S.: *La lucha por la tierra...* Véase también REYES, A.: *Emiliano Zapata. Su vida y su obra*, México 1963, y del mismo autor esta y otras aportaciones en: REYES, A.: *Obras completas*, México 1955-2001, 25 ts.

Los alardes de moderación desplegados por Madero (lenta revisión de las concesiones de tierras a los hacendados, reticencias a dar luz verde a las asociaciones obreras por entender que estaban controladas por anarquistas españoles, gestos de aproximación a la Iglesia católica, concesiones a los Estados Unidos y al capitalismo extranjero, etc.) le restaron apoyo popular sin granjearle por ello el de los latifundistas y generales porfiristas. Una conspiración coordinada por el embajador norteamericano Lane Wilson con participación de oligarcas y militares, acordó el derrocamiento del presidente, al que se había presionado inútilmente para hacerle dimitir. Fue acordado que el general Huerta ocuparía provisionalmente la presidencia y organizaría unas elecciones en las que debería salir elegido Félix Díaz, caracterizado porfirista y sobrino del antiguo dictador. Madero sería autorizado a abandonar el país. Todo sucedió según lo previsto, pero cuando el ex-presidente era conducido a embarcarse para Cuba, se simuló un intento de asalto para liberarle, y Huerta le hizo asesinar con cuantos iban en su compañía<sup>18</sup>.

El historiador J. Womack refiere que Madero fracasó en su difícil intento de reconducir la revolución hacia objetivos constructivos, más que por debilidad y errores, que los tuvo, por faltarle las colaboraciones imprescindibles, e incluso el tiempo suficiente para madurar bien y sacar adelante su obra de gobierno. La repentina caída de Porfirio Díaz le cogió desprevenido. Éste –anota<sup>19</sup>– “... le entregó a Madero la batalla, pero le privó de la experiencia necesaria para ganar la guerra”. Es de notar que Madero, el primer presidente de México que no asesinó a nadie, fue asesinado. Con su muerte se sentaba un peligroso precedente, dado que tras él correrían igual suerte otros jefes del ejecutivo, a pesar de que ninguno de ellos fue tan confiado e ingenuo como Madero.

En cuanto a Huerta, quienes pretendían mano dura y el restablecimiento del principio de autoridad vieron sus aspiraciones colmadas con el paso por el poder de quien no tardó en ser llamado “el hombre de la Embajada”<sup>20</sup>. La de los Estados Unidos, claro está. Comparada con su desenfundada tiranía, la dictadura de Porfirio Díaz resultaba benévola, casi paternal.

En efecto, en menos de dos años Huerta asesinó o relevó a todos los gobernadores, incluso a aquellos que le eran leales, sustituyéndoles por hombres de su confianza. Practicó igual depuración en los cuadros de la administración y de las fuerzas armadas, y se deshizo, o hizo desaparecer, a cuantos se

18. Sobre Madero y su actuación véase especialmente CUMBERLAND, C.C.: *Madero y la Revolución mexicana*, México 1977.

19. WOMACK, J.: *Zapata...*, 95. Más información al respecto en BRECEDA, A.: *México revolucionario, 1913-1917*, Madrid 1920, 2 vols.

20. RODRÍGUEZ LAPUENTE, M.: *La Revolución mexicana*, México 1987, 59.

interpusieron deliberada o inconscientemente en su camino y proyectos. Por supuesto que no cumplió la solemne promesa formulada ante el embajador yanki de entregar el poder a Félix Díaz, a quien obligó a abandonar el país al negarse éste a aceptar la Embajada en Japón.

Enfrentado con el Parlamento, que intentó varias veces poner fin a la usurpación del general, éste hizo asesinar a varios diputados y senadores, y los sobrevivientes hubieron de votar la autodisolución de ambas Cámaras. Poco después se hacía elegir presidente con plenos poderes. Entre tanto se extendía por el país la protesta política y el descontento social por la represión e inmovilismo del régimen. En consecuencia, no tardó en darse una insurrección, encabezada ahora por el general Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila, a la que se sumaron los también generales Obregón, González, Ángeles, Hill, Calles y otros, incluidos el propio Villa, y en el sur, Zapata.

Esta fue la revolución llamada *constitucionalista* (por propugnar la legalidad constitucional frente a la dictadura de Huerta), nombre que recibió también el ejército insurgente frente al gubernamental o *federal*. La guerra se abatió sobre varias regiones, si bien todos los contendientes tuvieron buen cuidado en no destruir las principales fuentes de riqueza, de que vivirían en el futuro, ni dañar los intereses norteamericanos, pues unos y otros dependían en sus suministros de la mayor o menor tolerancia del gobierno de Washington. Los principales logros los protagonizaron una vez más Villa en el norte y Zapata en el sur (que actuaba por su cuenta), quienes en movimiento de tenaza avanzaron hacia la capital hasta alcanzar Zacatecas (la batalla más sangrienta de la revolución) y Chilpancingo, respectivamente, no sin fuerte contrariedad de Carranza, el comandante en jefe. Diferencias esas liquidadas por el momento en el “Pacto de Torreón”, aunque no tardarían en manifestarse de nuevo.

Con todo, la caída de Huerta vino determinada por la elección de Woodrow Wilson como nuevo presidente de los Estados Unidos, quien desaprobó la conducta de su homónimo el embajador, le destituyó y se negó a reconocer el régimen de Huerta, al tiempo que declaraba en un mensaje al Congreso que “... pretendidos gobiernos como ese, no serán tolerados ni reconocidos por el gobierno de los Estados Unidos”<sup>21</sup>. Poco después fue enviado un cuerpo expedicionario norteamericano que desembarcó en Veracruz para garantizar los intereses norteamericanos en el país, en tanto Carranza y los suyos podían sin dificultad proveerse de armas a lo largo de los 3.000 km. de

21. Cfr. *Ibíd.*, 64. Sobre la actuación de los sucesivos gobiernos norteamericanos respecto a México en la etapa de referencia, véase ALPEROVICH, M.S. y RUDENKO, B.T.: *La Revolución mexicana de 1910-1917: La política de los Estados Unidos*, México 1978, y MARTÍNEZ DÍAZ, N.: *América entra en escena: Expansionismo de Estados Unidos y Revolución mexicana*, Madrid 1997.

frontera con la Unión. Huerta no pudo sostenerse y buscó refugio en Estados Unidos. Carranza entraba en la capital mediado agosto de 1914.

Entre tanto, por dejación de unos y otros, la casa seguía sin barrer. Es decir, la reforma agraria y social había sido totalmente aparcada durante los dos años del mandato de Huerta. No parece que pudiera ser abordada en breve plazo, puesto que ello no entraba en las prioridades de Carranza y de los constitucionalistas, deseosos de comenzar por la reforma orgánica del Estado.

## **5. HACIA LA INSTITUCIONALIZACIÓN REVOLUCIONARIA: SUS LIMITACIONES. ACTUACIÓN DE CARRANZA, OBREGÓN Y CALLES, OFENSIVA SECULARIZADORA Y LEVANTAMIENTO “CRISTERO”**

Con el fin de lograr un acuerdo estable entre los caudillos revolucionarios y diseñar un programa conjunto de actuación, Carranza, encaramado a la jefatura provisional del Gobierno, reunió en Aguascalientes una gran convención, de la que no pudo salir la deseada unidad. Los principales obstáculos eran Zapata y Villa. El primero porque ni siquiera se declaraba constitucionalista. No reconocía por tanto la jefatura de Carranza, proclamaba la prioridad de la reforma agraria respecto a todo lo demás, exigía “la absoluta sumisión de los constitucionalistas al Plan de Ayala en todas sus partes”<sup>22</sup>, y se proclamaba, incluso, jefe natural de la Revolución en su conjunto. De este modo Zapata prosiguió su guerra de guerrillas, ahora contra el nuevo régimen establecido.

En cuanto a Villa, tampoco logró ser atraído, y continuó actuando por su cuenta al frente de la División del Norte, ahora en combinación con Zapata. Con tanto éxito que Carranza y los suyos tuvieron que retirarse a Veracruz (evacuada poco antes por los norteamericanos), en tanto los dos generales disidentes entraban en la Ciudad de México sin resistencia alguna. Pero demasiado idealistas, no estaban preparados para consolidar su triunfo ni para traducir su programa en realidades prácticas. De forma que el carrancismo, es decir la revolución autolimitada, no tardó en rescatar sus pérdidas posiciones y manifestarse por el momento como la única salida posible.

Como estaba previsto, Venustiano Carranza fue llamado a la presidencia. Era éste un terrateniente, pero en la línea juarista, anticlerical y afanoso de modernizar el país. Se presentó como continuador de Madero y ello le atrajo el apoyo de la “gente de orden”, es decir los terratenientes menos cerriles, una parte de los intelectuales, los trabajadores de las ciudades y también amplios sectores de las clases medias urbanas, parcelas sociales sin embargo minoritarias en un país rural como México. Disolvió el odiado Ejército federal del Por-

22. Cfr. *Ibidem*, 86.

firiato, por él vencido, y trabajó para crear otro nuevo, más pequeño, moderno y eficaz, el Ejército constitucionalista, cuyo mando confió a Álvaro Obregón.

Un Ejército este que al principio se hizo tan odioso para los campesinos como el federal, por sus campañas contra Zapata, Villa y otros disidentes del régimen, y que recorrió el país en varias direcciones como un vendaval sembrando el terror con sus castigos ejemplares y viviendo a costa de los pueblos, conducido por cuadros reclutados en Sonora y otros estados del norte, de donde eran originarios casi todos sus jefes. Conforme iban sometiendo los focos de insurrección, Carranza y Obregón fueron disolviendo poco a poco las unidades innecesarias, y sus generales acomodados en grandes ranchos que recibieron en recompensa por sus servicios.

Todavía en 1919 unos campesinos de Puebla resumían así su desgracia, por causa de los abusos del Ejército constitucionalista, en esta carta a su representante en el Parlamento Nacional:

La vida no es soportable. Cada vez que pasan sus tropas siembran la desolación hasta tal punto que parece que quieren dejar la región inhabitable. Saquean los pueblos y se llevan cuanto pueden. Bestias de carga, bestias de labor, cerdos, gallinas, pavos; lo cogen todo y sus expediciones no tienen nada de militar, pues se limitan a la rapiña y a la destrucción. Parecen destinadas sobre todo a robar el grano y el ganado para venderlos en las ciudades vecinas. Lo que no pueden llevarse, lo destruyen... En las iglesias cometen las peores atrocidades robando en especial los ornamentos y los vasos sagrados, transformando las iglesias en establos y utilizándolas para los fines más abominables. No tienen ningún reparo en violar a las mujeres. Nada es respetado: vírgenes, esposas, niñas y ancianas. Diez, veinte, a veces más, pasan uno tras otro sobre el cuerpo de su víctima<sup>23</sup>.

Hasta ese momento las fuerzas armadas habían funcionado como departamentos estancos, un rosario de unidades mandadas por diferentes generales, cada uno de los cuales contaba con tropas propias leales que controlaba la región que “protegía” y doblegaba. Así Calles en Sonora, Flores en Sinaloa, Peláez en Taumalipas, Diéguez en Jalisco, Alvarado en Yucatán o Maycotte en Guerrero. Todos ellos coordinados por jefes de mayor prestigio o poder como Carranza, Obregón, González o Hill. La historia de los años veinte en México fue en buena parte la de la eliminación de esas taifas y de la transformación de ese ejército de aventureros que vivía a costa del país en otro más reducido y profesional sometido al poder central. Para ello fue necesario prodigar espléndidas recompensas a los caudillos comarcanos para alejarles

23. Cfr. AGUILAR CAMIN, H.: *Saldos de la revolución. Cultura y política de México, 1910-1980*, México 1982, 86.



del servicio. Pero también se recurrió al asesinato e incluso a auténticas masacres. Como sucedió con los involucrados en la rebelión de 1923, que supuso la eliminación física de 54 generales (entre ellos el mítico Villa) y otros 7.000 militares.

A medio plazo la opción Carranza terminó abriéndose camino, en la medida en que logró ampliar la plataforma social sobre la que descansaba, por ser la única que aportaba soluciones viables a los problemas de México, contemplado el país en su conjunto, y por ser aquél el único interlocutor válido aceptado por los Estados Unidos y las multinacionales. Carranza propugnó con éxito un modelo de estado uniforme, federal pero centralizado, acaso el único que podía garantizar la unidad de un país inmenso y disperso. Para ello recurrió a reformas modernizadoras demasiado avanzadas para ese país anclado en el pasado, y pretendió controlar sin contemplaciones los grupos de presión tanto antiguos como recientes, tales como los terratenientes, las fuerzas armadas, la Iglesia, el capital extranjero y los movimientos obreros y campesinos, insertándolos en el sistema y, en lo posible, poniéndolos a su servicio.

En su proyecto de modernización del Estado se apoyó ante todo en las clases medias, cuya riqueza y cultura fomentó. Pero también supo atraerse a las organizaciones obreras con sus leyes laborales (autorización de los sindicatos, del derecho a la huelga, jornada de ocho horas..., etc.), a un Ejército profesional leal al régimen, y finalmente intentó hacer lo mismo con la sociedad rural. Comenzando por los medianos y pequeños propietarios, a quienes protegió de la voracidad de los terratenientes, y después con los campesinos. Resolvió en favor de los pueblos las usurpaciones más escandalosas de ejidos y otros bienes comunales por los latifundistas, revisando el despojo de los pequeños cultivadores, así como los contratos de arrendamiento de tierras y los cuadros salariales de los peones. Procedió también a la nacionalización de algunos latifundios pertenecientes a personas desafortunadas para repartirlos entre los trabajadores.

Estas y otras medidas fueron apreciadas por mucha gente, por más que en modo alguno pudiera reputarse el suyo de plan completo reformista, como tampoco de puesta en marcha de una verdadera reforma agraria. Pero tenían aquellas una dimensión nacional de que carecían los cambios propuestos por Villa e incluso por Zapata. Éste socialmente mucho más avanzado, pero quizá demasiado circunscrito a los intereses y realidades del suroeste del país, especialmente el estado de Morelos<sup>24</sup>.

La *Constitución de 1917*, inspirada en el programa carrancista, fue el marco legal para la normalización de la situación no obstante subsistir la resistencia armada de los jefes campesinos tanto en el norte como en el sur. La

24. Vide MARTÍNEZ DÍAZ, N.: "Los radicalismos...", 532.

del norte fue finalmente eliminada con el sometimiento voluntario de Villa en 1917 (las operaciones del jefe guerrillero contra localidades norteamericanas de la frontera habían determinado el envío por los Estados Unidos en su persecución de la división Pershing –15.000 hombres–, varias veces derrotada por el jefe guerrillero). Villa, poco después (1923), sería asesinado con la complicidad del gobierno de Carranza<sup>25</sup>. En el sur cuatro años antes Zapata había corrido igual suerte (10 abril 1919), atraído con engaños a una trampa por un oficial a su vez carrancista<sup>26</sup>.

Con la desaparición de Emiliano Zapata la revolución perdía a su líder más carismático. Él había sido el único en propugnar una auténtica democratización de las estructuras sociales del país fundada en una reforma agraria sin concesiones, en el reconocimiento pleno de las libertades del campesinado y en el respeto a los derechos de las comunidades indígenas. Un programa resumido en el lema “Tierra y Libertad”, de resonancias ácratas, pero que en México carecía de toda significación libertaria, antes al contrario buscaba la consolidación y extensión de la pequeña propiedad campesina y el respeto para los patrimonios comunales. Programa del que Carranza, y quienes les sucedieron, tomaron ideas y propuestas, pero que en su conjunto nunca fue aplicado. Por ello hoy, noventa y cinco años después de la muerte del héroe de Morelos, continúa siendo reivindicado por los campesinos de México, incluidas las comunidades indígenas del país.

Entre tanto, la revolución mexicana se devoraba a sí misma. Uno tras otro fueron desapareciendo, casi siempre por muerte violenta, sus figuras más significativas. Incluido el propio Carranza, asesinado por orden de Obregón, en otro tiempo su principal colaborador, militar convertido en empresario capitalista con negocios millonarios en el estado de Sonora (por él controlado) y bastante más corrupto y menos altruista que Carranza, siempre más ambicioso de poder que de dinero. En todo caso fue con su predecesor la figura clave en el proceso de institucionalización revolucionaria, o lo que es igual de “domesticación” de la Revolución mexicana, rebajando sus objetivos, pactando con las fuerzas contrarrevolucionarias, limitando contenidos, y finalmente frenándola para dejarla en vía muerta. Se sabe –anotan Ch. López y O. Cortés, editores de las cartas de Zapata<sup>27</sup>– que la actuación política de Venustiano Carranza a la

25. ORELLANA, M. de: *Villa y Zapata...*, 122-4.

26. WOMACK, J.: *Zapata...*, 318-25. Véase también BARBA GONZÁLEZ, S.: *La lucha por la tierra...* y REYES, A.: *Emiliano Zapata...*

27. LÓPEZ, C. y CORTÉS, O. (eds.): “Presentación” a ZAPATA, E.: *Cartas*. México 1987, 8. Sobre el líder sureño, su pensamiento, escritos y actuación, aparte las fuentes ya citadas que nos remiten a la extensa bibliografía disponible, son de preceptiva consulta: VV.AA.: *Emiliano Zapata y el movimiento zapatista*, México 1980; y ZAPATA, E.: *Manifiestos*, 2ª ed., Barcelona 2010.

caída de Victoriano Huerta, no buscó en modo alguno una salida democrática a la situación reinante, sino que propició el desarrollo de una sangrienta lucha fratricida en la que perdieron la vida miles de mexicanos. “Ahora bien –refieren ambos autores–, es comprensible que el triunfante carrancismo ocultara la solución política propuesta por Zapata. Así, los regímenes subsiguientes al de Carranza, se preocuparon por solucionar (desde su punto de vista) los problemas nacionales, excepto, paradójicamente, el de democratizar la revolución...”.

En efecto, la fase propiamente constitucionalista de esa revolución se cierra con la actuación de los dos sucesores inmediatos de Carranza con mayor relieve: Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, ambos militares. El primero adaptó el programa carrancista a la nueva realidad nacional e internacional (años veinte), aprovechando la bonanza económica (revitalización de las explotaciones agrarias, impulso a la industrialización, incremento de las exportaciones agroalimentarias, mineras y petrolíferas), lo cual le permitió abordar con cierto éxito un vasto plan de reconstrucción del país y de modernización. Para ello contó con el apoyo del partido gubernamental (Partido Liberal Constitucionalista), la gran sindical CROM (dirigida por Luis Morones), las clases medias, el Ejército constitucionalista y una parte de los intelectuales (José de Vasconcelos..., etc.). Logró atraerse incluso a los Agraristas continuadores de la línea zapatista, dirigidos por G. Magaña, a base de satisfacer algunas de sus reivindicaciones básicas.

Con esos apoyos, y con la moderación a la hora de afrontar problemas como el de la incompatibilidad entre el Estado laico y una Iglesia Católica tradicionalista y combativa, o el de los monopolios extranjeros, Obregón pudo centrarse en sacar adelante sus reformas, con logros importantes, por ejemplo en el plano educativo o en las mejoras de las infraestructuras, pagadas con los beneficios de las exportaciones minerales y agrícolas (México, productor en 1920 del 22,7% de la producción petrolífera mundial<sup>28</sup>). En otras líneas de actuación se avanzó menos. Por ejemplo en la fundamental reforma agraria, entendida por el régimen solamente como concesión parcial a los Agraristas para integrarlos en el sistema.

Frente a las 173.000 hectáreas repartidas por Carranza, ahora lo fueron 1.558.000, en tanto una *Ley de Ejidos* restituía a los pueblos parte de sus patrimonios usurpados, y un *Reglamento Agrario* intentó cortar los abusos más visibles de los empresarios y mejorar algo la lamentable situación de los jornaleros. La reacción de los grandes terratenientes fue violenta, no obstante a que en lo fundamental no se les tocó, siendo en ocasiones necesario utilizar tropas para reprimir y desarmar las bandas de mercenarios pagadas por

28. MARTÍNEZ DÍAZ, N.: “Los radicalismos”..., 534.

aquéllos al objeto de presionar y amedrantar a los pueblos. Pero en definitiva la decantada Reforma agraria benefició a un número relativamente corto de campesinos, en tanto un volumen de tierras muy superior pasaba a manos de los generales de la Revolución, sobre todo a los que habían vencido a Villa en la decisiva batalla de Agua Prieta.

En 1925, al concluir el mandato de Obregón, éste intentó institucionalizar la obra revolucionaria en marcha según el modelo carrancista, imponiendo a su candidato el también general Calles, lo que suponía la perpetuación en el poder de los generales del llamado “Grupo Agua Prieta”. La oposición al continuismo fue encabezada por Adolfo de la Huerta, contando con el apoyo de antiguos zapatistas y otros descontentos, pero fueron vencidos.

Calles intentó neutralizar la oposición imprimiendo nuevo impulso a la reforma agraria. Fueron repartidas 3.045.802 hectáreas, aunque procedentes más de los ejidos comunales que de los latifundios tradicionales. Paralelamente se intentó consolidar y extender la pequeña propiedad mediante una política crediticia centralizada por el Banco de México y el Nacional de Crédito Agrícola, establecidos en esa época, y que tenían a su vez la misión de facilitar e impulsar la mecanización y modernización del sector.

Aunque Calles fue reelegido en 1927, su programa agrario no avanzó demasiado. En efecto, fue frenado en parte por el retroceso de la inversión extranjera, la caída de las exportaciones y la devaluación del peso en torno a la crisis del 29, el contencioso con los Estados Unidos por causa de la cuestión petrolera (México pretendía extraer menos crudo y cobrarlo mejor para reservar esa riqueza), que estuvo a punto de ocasionar la ruptura entre los dos países, y por la atención preferente prestada por el presidente a las cuestiones de ámbito urbano, por hallarse en las ciudades su principal plataforma electoral.

A todo ello vino a sumarse un contencioso con la Iglesia Católica, de repercusiones mal calculadas, al que en adelante hubo de dedicar casi todo su tiempo, que devoró gobiernos, consumió ingentes cantidades de dinero, comprometió la imagen internacional de México y subvirtió al país colocándolo al borde de la guerra civil. El colectivo católico, como grupo de presión, continuaba reteniendo un poder formidable a pesar de la desamortización de parte de sus bienes y de la política secularizadora practicada a partir de la Reforma juarista sobre la base de la separación de Iglesia y Estado. Durante el porfiriatismo ésta reconquistó gran parte del terreno perdido, por cuanto el dictador era consciente de los sentimientos católicos de gran parte del pueblo mexicano, y por tanto de la conveniencia para sus intereses de llevarse bien con el clero.

El ciclo revolucionario desatado en 1910 en un norte de tradición liberal al contacto con el exterior y por tanto tibiamente religioso, propugnó el regreso a posiciones secularizadoras netas mediante un programa laicista que tuvo su mejor expresión en el artículo 130 de la *Constitución de 1917*, con la consiguiente

separación de la Iglesia y el Estado, aconfesionalidad de este último, eliminación de la subvención de culto y clero, supresión de la enseñanza religiosa en centros estatales, municipalización de cementerios, registro y matrimonio civil, etc. No obstante, las tradiciones católicas coexistieron sin graves problemas con la legislación laica, y de hecho se dio una normalidad *de funcionamiento*, sobre todo allí donde la implantación eclesial era especialmente fuerte, como sucedía en gran parte del país, y muy especialmente en el medio rural.

Así estaban las cosas cuando quince años después el presidente Calles dio otra vuelta de tuerca prohibiendo bajo severas penas toda manifestación externa de culto, incluso el privado (prohibición de la misa, del toque de campanas, de diferentes prácticas religiosas, inventario y confiscación de bienes eclesiásticos, declaración como ilegítimos a los niños nacidos de matrimonio exclusivamente canónico, apoyo oficial de la propaganda evangélico-protestante para romper la hegemonía católica en el campo religioso... etc.). La respuesta fue el *levantamiento cristero* (1926-1929), el único que la revolución no pudo doblegar con las armas, y que tuvo un carácter profunda y orgánicamente campesino, que no dejaría de conectar las reivindicaciones religiosas con otras propiamente sociales.

Desde la frontera del norte a la del sur, y desde el Atlántico al Pacífico la guerrilla antigubernamental combatió tenaz durante tres años, con un saldo de 90.000 muertos, de los cuales 12 generales, 70 coroneles, 1.800 oficiales, 55.000 soldados y 35.000 cristeros<sup>29</sup>, en tanto Roma, con su formidable aparato propagandístico, atraía la atención del mundo sobre lo que calificaba como última persecución de cristianos, equiparable a las de la antigüedad. Los daños materiales fueron incalculables. Un sacrificio inútil porque al final Calles y sus colaboradores, que se habían dejado llevar en esto de un anticlericalismo poco o nada reflexivo, tuvieron que echarse atrás ante los efectos contraproducentes de reactivación católica desencadenados y de quiebra de una parte de las bases populares del régimen. Aunque no fueron restablecidas relaciones oficiales con el Vaticano (lo han sido en fecha reciente), pronto las hubo oficiosas sobre el principio de la separación y respeto mutuo entre Iglesia y Estado, en tanto éste autorizaba el restablecimiento del culto católico y se comprometía a interpretar con la mayor flexibilidad posible las leyes secularizadoras.

## **6. LA AURORA DE UN DESPERTAR: DEL ZÓCALO A CHIAPAS. MONOPOLIO DEL PODER POR EL PRI Y ACOGIDA EN MÉXICO DE LA ELITE DEL EXILIO REPUBLICANO ESPAÑOL**

Quienes hicieron la revolución en la década de 1910 han sido (con sus continuadores) sus principales beneficiarios hasta el momento presente. El

29. AGUILAR CAMÍN, H.: *Saldo de la Revolución...*, 97.

secreto de ese éxito y permanencia radica en el establecimiento y control de un formidable aparato político y estatal, en la adopción de ideas y acuerdos reformistas y modernizadores en la medida en que sean compatibles con los intereses dominantes, en la hábil introducción de toda una red de lealtades interesadas, en el recurso a estrategias de alianzas y subordinaciones en relación al capital extranjero y al vecino septentrional, y a la propia pasividad (hasta fechas recientes) de una parte sustantiva del pueblo mexicano.

En 1928 el asesinato de Obregón (virtual sucesor de Calles en la presidencia) por un fanático religioso privó al aparato gubernamental de su principal inspirador y conductor. No obstante, el poder quedó asegurado, vinculado en adelante a hombres del oficialista Partido Nacional Revolucionario (PNR), que cambiaría luego varias veces de siglas hasta que en 1946 adoptó las que serían definitivas: PRI (Partido Revolucionario Institucional). Este se manifestaría cada vez más alejado de los ideales iniciales de la Revolución, no obstante los esfuerzos de algún presidente, como el general Lázaro Cárdenas (el receptor y generoso protector de los emigrados republicanos españoles), para revitalizar los contenidos revolucionarios en un país en plena transformación como resultado de los avances de la industrialización, el éxodo rural y el rápido incremento de la población urbana (México, hoy la mayor ciudad del hemisferio occidental con 12.000.000 de habitantes). Todo ello a partir de la presidencia de Cárdenas (1935-40), y las de sus sucesores inmediatos Manuel Ávila Camacho, Miguel Alemán, Adolfo Ruiz Cortines, Adolfo López Mateos y Gustavo Díaz Ordaz (su mandato concluyó en 1970), época en la que el PRI, convertido en formidable superestructura, controlaría hasta el último resquicio de la vida nacional.

Ese dominio se vertebraría sobre principios tales como impedir a toda costa la formación de partidos alternativos y por tanto de una oposición política estable. Para ello se recurrió al fraude electoral sistemático e incluso a la violencia; doblegar a las asociaciones campesinas y aparcas indefinidamente la tantas veces prometida reforma agraria (lesiva para los intereses terratenientes de destacadas figuras del sistema); domesticar a toda costa el pujante sindicalismo obrero (eliminación del líder histórico Vicente Lombardo, de los ácratas, y de los comunistas), y pactar con la nueva burguesía industrial y mercantil, con las multinacionales extranjeras y mediante la corrupción semi-institucionalizada, manifestada en todo su alcance con sonoros escándalos.

De entre ese panorama, a juzgar por las fuentes consultadas, nada menos transparente que la historia del Movimiento obrero mexicano, en su línea oficialista, de 1917 para acá<sup>30</sup>. Una historia de manipulación de las masas, trai-

30. Sobre el asociacionismo obrero mexicano y su evolución en el siglo XX véase la ajustada síntesis de GARCÍA, A.: "Apuntes históricos sobre la clase obrera en México", *Anales*

ción a los intereses reales de la mayoría y de alianzas “pragmáticas” sin otro norte que el encumbramiento personal de unos pocos y la explotación de los demás. Héctor Aguilar, haciéndose eco respecto a este asunto de las tesis historiográficas mayoritarias, refiere<sup>31</sup> que esta negra página ha sido siempre uno de los secretos mejor guardados por el PRI, por cuanto nunca ha existido en el marco institucional una auténtica política sindical, sino intereses personalistas, chaqueto entre líderes sindicales, políticos y militares, y un toma y daca. Todo ello salpicado de presiones, extorsiones, delaciones y persecuciones al objeto de tener controlado el mundo laboral. Según esto, para el sindicalista conectado al PRI no hay productores a los que apoyar sino jefes a quienes obedecer. Insensibles socialmente y olvidados de sus antiguos ideales, también ellos en múltiples casos no tardarían en degenerar en burócratas más o menos corruptos, que a cambio de silencio, complicidad y apoyo, obtendrían recompensas, protección e impunidad. Tal es el sentir general al respecto, no obstante los positivos logros del sistema, que hicieron del mismo un referente obligado en el ámbito internacional y muy especialmente en el mundo hispanófono<sup>32</sup>, incluida España<sup>33</sup>.

La desaparición por muerte natural o violenta a partir de 1920 de la mayoría de quienes protagonizaron y condujeron la revolución en la década anterior, hizo de México en los años 30 y 40 un país de sobrevivientes, y sobre todo un país hambriento de cuadros dirigentes y de tecnócratas capaces de transformar en realidades los ideales revolucionarios. De ahí el éxito de diferentes inmigrados europeos, españoles e italianos principalmente<sup>34</sup>. Los refugiados

*de Historia Contemporánea* 5, 1986, 213-8 (monográfico sobre Movimiento Obrero coordinado por J.B. Vilar).

31. AGUILAR CAMÍN, H.: *Saldos de la Revolución...*, 92-3.

32. Para los casos de Argentina y Chile, véase, por ejemplo: YANKELEVICH, P.: *La diplomacia imaginaria. Argentina y la Revolución mexicana*, México 1994; SERRANO, S. (comp.): *La diplomacia chilena y la Revolución mexicana*, México 1986.

33. DELGADO LARIOS, A.: *La Revolución mexicana en la España de Alfonso XIII (1910-1931)*, Valladolid 1993; ILLADES, C.: *Presencia española en la Revolución mexicana (1910-1915)*, México 1991; FLORES TORRES, O.: *Revolución mexicana y diplomacia española: Contrarrevolución y oligarquía hispana en México. 1909-1920*, México 1995; YANKELEVICH, P.: “Hispanofobia y revolución: Españoles expulsados de México (1911-1940)”, *Hispanic American Historical Review* 86, 2006, 31ss.

34. Sobre México como país de acogida de emigrados laborales y exiliados políticos europeos en el siglo XX, véase DI STEFANO, G. y PETERS, M. (coords.): *México como punto de fuga real o imaginario. El exilio europeo en vísperas de la Segunda Guerra Mundial*, Munich 2011. En cuanto al colectivo italiano, con el español el europeo de máxima presencia en México, véanse sus rasgos básicos, así como las afinidades y disparidades entre ambos, en ZILLI MANICA, J.B.: *Italianos en México. Documentos para la historia de los colonos italianos en México*, México 1981; INCISA DI CAMERANA, L.: *El gran*

políticos huidos del fascismo y del estalinismo en ascenso en Europa (Troski entre ellos) hallaron, desde luego, un terreno propicio para su actuación socioeconómica y cultural. En especial 20.000 republicanos españoles transterrados. Su contribución al proceso modernizador del país resulta difícilmente exagerable. Pero sus logros quedaron muy por detrás en sus esfuerzos para revitalizar un sistema político endogámico y viciado.

Respecto a esos emigrados, Francia (con sus dependencias norteafricanas) y otros países europeos (Reino Unido, la URSS, etc.) fue con diferencia el destino preferente del cuarto de millón de exiliados españoles computados tras los retornos masivos a España al término de la Guerra civil. Razones de lejanía geográfica y otros factores dejaron muy por detrás los restantes destinos, entre los cuales el primer lugar corresponde a la América Latina con apenas el 20% de ese éxodo en cifras absolutas, pero el de superior notoriedad cualitativa por tratarse en su conjunto de una emigración altamente selectiva, por incluir un crecido número de intelectuales y los cuadros del régimen español caído. México fue, con diferencia, el destino preferido de este colectivo, el México del presidente Lázaro Cárdenas, como refiere Juan B. Vilar, "... adalid internacional del régimen republicano español, cuyos fundamentos ideológicos y afanes reformistas compartía, y cuya causa defendió en todos los foros"<sup>35</sup>.

Es de señalar que las relaciones de los recién llegados con la sólida y bien organizada colectividad española existente desde la época colonial y reforzada en el tercio inicial del siglo XX<sup>36</sup> no resultaron todo lo cordiales y próximas que fuera de desear en razón de predominar en ella gente acomodada, con instituciones asociativas benéficas y culturales propias e ideológicamente bastante conservadora, al punto de haberse decantado mayoritariamente durante la contienda civil en favor de Franco y distanciarse después del Gobierno español en el exilio constituido en Ciudad de México. Bien es cierto que a nivel

*éxodo. Historia de las emigraciones italianas en el mundo*, Buenos Aires 2005; SAVARINO ROGGERO, F.: "Nacionalismo en la distancia: los italianos emigrados y el fascismo en México (1922-1945)", *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea* 11, 2012, 41-70 (monográfico sobre *Emigración y fascismo en el mundo latino: Un sueño de la política imperialista mussoliniana*, coordinado por R. Domínguez Méndez), todos los cuales remiten, además, a las fuentes y bibliografía disponibles.

35. VILAR, J.B.: *La España del exilio. Las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX*, 2ª ed. ampliada, Madrid 2012, 361.

36. McMAHON, J.: *The Spanish Immigrant Community in Mexico City during the Porfiriato. 1876-1911*, Indiana 1974; LIDA, C.E. (coord.): *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Madrid 1994; GIL LÁZARO, A.: "Crisis, xenofobia y repatriación. Los inmigrantes españoles en la Ciudad de México, 1910-1936", *Studia Historica. Historia Contemporánea* 28, 2010, 239-73.



individual los residentes hispanos socorrieron y facilitaron el asentamiento a sus compatriotas recién llegados. Sobre todo a quienes terminaron fijando su residencia en la capital (4.897 sobre los 6.304 censados inicialmente<sup>37</sup>, cómputo incrementado después hasta triplicarse).

Imposible profundizar en una breve síntesis como la presente en temática tan densa y compleja, y al propio tiempo atrayente, como es el exilio español en México y su formidable impacto socio-cultural y económico. Para una aproximación global al tema, aparte de monografías básicas como las coordinadas por José López Portillo<sup>38</sup> o Dolores Pla Brugat con Álvaro Vázquez Mantecón<sup>39</sup>, sugerimos la consulta de otras aportaciones de amplio alcance, más o menos recientes, que nos remiten a la casi inabarcable bibliografía disponible. Obras tales como las de Clara E. Lida<sup>40</sup>, Eduardo Mateo Gambarte<sup>41</sup>, Abdón Mateos<sup>42</sup>, Juan B. Vilar<sup>43</sup>, Fernando Serrano Migallón<sup>44</sup> o A. Sánchez Andrés con S. Figueroa Zamudio<sup>45</sup>, entre otros.

## 7. BAJO EL IMPACTO DE LA TRAGEDIA DE CHIAPAS Y DEL NARCOTRÁFICO: UN EPÍLOGO ABIERTO

Desde los años sesenta reapareció en México la oposición armada a su sistema pretendidamente revolucionario, pero que solo lo era en parte, representado por el PRI, mediante dos manifestaciones diferentes. De un lado la guerrilla urbana, cuyas primeras actuaciones de máxima resonancia fueron la revuelta estudiantil de 1968 en Ciudad de México, cuya represión ordenada por el presidente Díaz Ordaz ocasionó centenares de muertos (matanza en la plaza del Zócalo sobre todo), y una masacre similar en la misma ciudad en 1971 bajo la presidencia de Echevarría.

37. KENNY, M. *et alii*: *Inmigrantes y refugiados españoles en México (Siglo XX)*, México 1979, 33.

38. *El exilio español en México*, México 1982.

39. *El exilio español en la Ciudad de México: Legado cultural*, México-Madrid 2011. De PLA BRUGAT véase, a su vez, sobre este exilio en su contexto iberoamericano, *Pan, trabajo y hogar. El exilio republicano español en América Latina*, México 2007.

40. *Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español*, México 1997.

41. *Diccionario del exilio español en México: De Carlos Blanco Aguinaga a Ramón Xirau*, Pamplona 1997.

42. *La batalla de México. Final de la Guerra Civil y ayuda a los refugiados. 1939-1945*, Madrid 2009.

43. *La España del exilio...*, 360-70 y 411-80.

44. *La inteligencia peregrina: El legado de los intelectuales del exilio republicano español en México*, México-Madrid 2010.

45. *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, Morelia-Madrid 2001.

Otra vertiente de la oposición armada sería la guerrilla rural, canalizada fundamentalmente por la *Asociación Cívica Nacional Revolucionaria* (ACNR), fundada por Genaro Vázquez, y por el Partido de los Pobres, establecido por Lucio Cabañas. Ambas actuaron en el estado de Guerrero, al suroeste del país. Un territorio con 63.794 km<sup>2</sup>, economía básicamente agrícola y 2.000.000 de habitantes, con elevado porcentaje de analfabetismo<sup>46</sup>. Uno y otro movimiento rural hicieron suyo el programa reivindicativo de Zapata. Igual sucedió poco antes (1964-1965) con el levantamiento campesino de Chihuahua, en el norte del país, en protesta contra la violencia y usurpaciones de una familia de hacendados, los Ibarra, amparados por la autoridad del Estado.

A estos sucedieron otros varios movimientos y asociaciones, fieles a los ideales de Zapata y de los primeros líderes de la Revolución, que propugnaban la lucha armada contra los denunciados como abusos del PRI y del sistema político-social sostenido por el partido gubernamental. Así las *Fuerzas Armadas Revolucionarias* (FAR), el *Frente Estudiantil Revolucionario* (FER), *Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo* (FRAP) y el *Frente Urbano Zapatista* (FUZ). También el *Movimiento de Acción Revolucionaria* (MAR), *Comandos Armados del Pueblo* (CAP), *Liga Armada Comunista* (LAC), *Liga Comunista de 23 de Septiembre*,... etc., que operaron en los años sesenta y setenta<sup>47</sup>. Todos ellos precedente de los que vinieron después, el más importante de los cuales, y el de superior resonancia, el *Ejército Zapatista de Liberación Nacional* (EZLN), con intensa actividad guerrillera en el estado sureño de Chiapas desde su aparición en 1994.

Y es que en tanto la reforma agraria finalmente no se ha hecho (en David Ronfeldt<sup>48</sup> puede seguirse día tras día y año tras año las frustraciones del agro mexicano hasta 1975 a través de lo sucedido en la localidad y comarca de Atencingo, estado de Puebla, inmediato al de Morelos), el proletariado urbano ha visto y ve recrudecerse sus problemas. Ello agravado por el éxodo rural masivo y la crisis económica.

El conflicto de Chiapas ha catapultado a un primer plano en los medios informativos internacionales la lamentable situación en que se encuentran extensos sectores del pueblo mexicano. A su vez ha hecho público el sistema de opresión, despojo y terror a que viene siendo sometido (en especial las comunidades indígenas, las más indefensas) desde hace muchos años por un régimen pretendidamente revolucionario.

46. PEREYRA, D.: *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en la América Latina*, Madrid 1994, 180-1.

47. *Ibidem*, 182-92.

48. RONFELDT, D.: *Atencingo. La política de la lucha agraria en un ejido mexicano*, México 1975.

Chiapas, región periférica en el suroeste del país, con componente indígena mayoritario entre sus 3.200.000 habitantes, de los cuales el 32% solamente hablan alguno de los dialectos del país, y un 30% de la población es analfabeta, ha sido secularmente un territorio abandonado a su suerte cuando no sistemáticamente explotado. Sus habitantes, que dependieron de Guatemala hasta su anexión a México en 1824, apenas alcanzarían a sobrevivir como pequeños cultivadores, como usuarios de la explotación colectiva de los ejidos comunales (pastoreo, carboneo,... etc.) y de las actividades artesanales. De la situación de atraso e injusticia existentes hasta tiempo reciente da idea el hecho de que produciendo el estado de Chiapas el 55% de la energía hidroeléctrica de México, el 34% de la población en ese año carecía todavía de electricidad –datos de 1994<sup>49</sup>–. En ningún lugar como en éste la violencia logró institucionalizarse más y mejor, por causa de la complicidad de las autoridades locales, estatales y federales con los caciques comarcanos.

Tal fue el caldo de cultivo que posibilitó la formación del *Ejército Zapatista de Liberación Nacional* en los primeros años 90. El movimiento se dio a conocer en 1º de enero de 1994, aprovechando la entrada en vigor en ese día del Tratado de Libre Comercio de México con Estados Unidos y Canadá. De forma sincronizada varios millares de campesinos tomaron al asalto las cabeceras municipales de San Cristóbal de Las Casas, Altamirano, Las Margaritas y Ocosingo, así como otros varios poblados de la región, con participación de numerosos combatientes mal armados pero bien organizados y coordinados.

El EZLN declaró ser un movimiento indigenista y de reivindicación campesina contra la marginación, opresión, expolio e incluso genocidio a que decía verse reducido el pueblo de Chiapas con la complicidad del PRI. El Gobierno federal y el del Estado movilizaron un ejército de 15.000 hombres, dotado de armamento pesado, y con cobertura aérea y de blindados, que intentó reducir sin éxito los focos de la insurrección, antes al contrario ésta, conducida por el subcomandante Marcos, se extendió y alcanzó resonancia internacional.

El Gobierno federal hubo de avenirse a negociar con los zapatistas, que utilizaron como mediador a Samuel Ruiz, obispo de San Cristóbal, identificado con la teología de la liberación y por ello mal visto en el Vaticano. El negociador gubernativo nombrado por el presidente Salinas de Gortari fue Manuel Camacho, uno de los hombres más respetados del PRI.

Giró el debate en torno a las 37 demandas presentadas por el EZLN, que además de temas de salud, vivienda, educación, saneamiento ambiental, electrificación, situación de la mujer, fiabilidad informativa y liberación de los presos políticos, planteó tres asuntos de fondo: el reparto de tierras, el respeto

49. Véase CONGER, L.: “El trueno zapatista”, en AGUIRRE, M. (ed.): *Conflictos y dilemas de la sociedad internacional*, Madrid 1994, 194-214.

a los derechos civiles y al autogobierno de las comunidades indígenas, y la realización de elecciones libres y democráticas. El Gobierno prometió atender las demandas, recurriendo incluso a la reforma de la nueva *Constitución* mexicana de 1991 que, en el sentir de los oprimidos, venía a legitimizar las usurpaciones (“privatizaciones”, dice el texto), y a la promulgación de otras varias leyes. Pero la cerrada oposición de los terratenientes, el terrorismo de las fuerzas paramilitares por ellos sostenidas, y el comportamiento débil cuando no ambiguo del Gobierno, ha imposibilitado el cumplimiento de la mayor parte de los acuerdos.

Ya en 1979, catorce años antes de iniciarse el conflicto de Chiapas, un analista internacional trazaría un negro pronóstico sobre la situación de México y su desenvolvimiento previsible en un futuro inmediato, presentándolo como país rico en posibilidades pero sometido al saqueo sistemático de propios y extraños<sup>50</sup>. En efecto, en los años 70 y 80 se llegaría a una situación límite. Con un billón de pesos en deuda exterior era el país iberoamericano más endeudado después de Brasil. Para salir de ese túnel, la economía mexicana pasó a ser supervisada y controlada por el Banco Mundial, que introdujo un drástico reajuste con lo que dio en llamarse “política de austeridad”. Una política que incidió de lleno sobre las clases populares, en tanto las superiores continuaron amasando grandes fortunas, con frecuente complicidad de los Estados Unidos, atentos únicamente a que los intereses de la Deuda fueran abonados puntualmente, y en lo posible devuelto el capital principal prestado, al objeto de poder concertar nuevos créditos.

Solamente cuando se destapó el inmenso negocio del narcotráfico, que salpicó a buena parte de la clase política mexicana del momento, que es lo mismo que decir el PRI, nadie cuestionó la situación de despojo sistemático a que se veía sometido el pueblo de México. El escándalo se llevó por delante a dos presidentes, López Portillo y Salinas. Buscar fuentes alternativas de financiación en Europa y los países más desarrollados de Asia (Japón en primer lugar) no era ni es en sí mismo una solución. No aporta otra ventaja que debilitar el total dominio ejercido por los Estados Unidos sobre la economía nacional, pero conlleva iguales efectos de subordinación y explotación, como lo pone de manifiesto la propia historia del país en relación al capital británico y francés. Además el control lo tiene en último caso el Banco Mundial, que es el que dicta las condiciones básicas, y ese Banco es dominado por el capital norteamericano, principal accionista. Una solución satisfactoria pasa en este como en otros casos por una política de condonación de deudas, de inversiones en bienes estructurales y de solidaridad internacional.

50. CAMPOS PONCE, X.: *Revolución inútil*, México 1979, 257-9.

Es de señalar que el movimiento y guerrilla zapatistas de Chiapas han demostrado una flexibilidad y cauta moderación desconocidos en otros movimientos guerrilleros de Iberoamérica, de ahí su fuerte impacto en la opinión mexicana e internacional, y los logros conseguidos. Una observadora<sup>51</sup> la califica de “guerrilla postmoderna” de la América Latina. No sólo “... la primera que nace en el postcomunismo, sino también, y esto es importante, en el post-anticomunismo”. A diferencia de otras sus objetivos no están en derribar las instituciones nacionales de forma inmediata y tomar el poder, sino lograr esos fines en el ámbito regional en que se desenvuelve, señalar a otros el camino, y convertirse en ejemplo a seguir para los demás estados. Una táctica que en definitiva fue la de Zapata hace ochenta años cuando intentó una revolución agraria experimental en el estado de Morelos.

A su vez, los innovadores cambios perceptibles en el ámbito político e institucional mexicano en los tres últimos lustros apuntan también hacia la consecución a medio plazo de objetivos revolucionarios aparcados por largo tiempo. Aunque sucesos tales como el asesinato de Luis Colosio, candidato presidencial del PRI (asunto por el momento no enteramente esclarecido); los escándalos en torno a la prominente familia Salinas, y los reveses sufridos en los últimos tiempos por el PRI, que sucesivamente perdió el control de varios estados (incluida la propia Ciudad de México) y en las elecciones generales de julio del 2000 el poder central que pasó de Ernesto Zedillo a Vicente Fox, líder del Partido de Acción Nacional (PAN), ha distraído un tanto a la opinión pública mexicana e internacional de las cuestiones básicas polarizadas en el conflicto de Chiapas, algo se avanza en la consecución de objetivos sectoriales. En efecto, son evidentes varios logros, incluida una creciente madurez democrática a nivel popular y de la clase política. Por citar un ejemplo concreto, los resultados electorales del 2000 fueron posibles por la firme oposición del presidente perdedor, Zedillo, candidato del PRI, a las acostumbradas corruptelas y manipulaciones. Algo sin precedentes en la historia mexicana hasta ese momento, de ahí su amplio impacto internacional<sup>52</sup>.

No era para menos dado que el PRI era desalojado del poder al término de tres cuartos de siglo de mandato continuado. “Victoria de todos”, referiría un observador tan notorio e imparcial como el literato mexicano Carlos Fuen-

51. CONGER, L.: “El trueno zapatista” ..., 206-7.

52. La prensa española no fue ajena a tal eco. Por ejemplo, el diario madrileño *El Mundo*, de 4 de julio del 2000, reunió un amplio y selecto repertorio de colaboraciones sobre la realidad mexicana del momento y sus antecedentes inmediatos, colaboraciones a cargo de reconocidos expertos como el mexicano Ignacio Padilla o los españoles Felipe Sahagún y César Vidal, entre otros. Clarificadoras y excelentes fueron, a su vez, otras aportaciones insertas en la restante prensa nacional, tales como la del mexicano Carlos Fuentes, “Ganamos todos” aparecida en el también madrileño *El País* en igual fecha.

tes<sup>53</sup>. Y añade: “Por primera vez desde 1911, la oposición gana las elecciones en comicios libres y creíbles. El hecho es histórico”. Un hecho que, a su juicio, evidenciaba un esfuerzo serio del PRI en favor de una positiva autorrenovación democrática impulsada por Ernesto Zedillo, el candidato derrotado.

A su vez confiaba Fuentes en que el partido ganador se aplicase por entero a la resolución de los problemas nacionales, aparcando definitivamente los defectos congénitos de la hasta el momento relegada derecha mexicana, entre los cuales sus “...viejas tendencias clericalistas, homofóbicas, moralistas y misóginas”, y que no se dejara llevar del autoritarismo corrupto y exclusivista, siempre tentador, que a largo plazo había determinado la caída del PRI. Insistirá el mismo autor en que con este partido debería conservar el ganador sus resoluciones básicas, y además sin olvidarse del PRD –Partido de la Revolución Democrática–, formación de izquierda moderada a modo de tercera opción política, de cuya existencia hay que congratularse porque coadyuva a la superación en México del tradicional pero nominal y nefasto bipartidismo. Retos todos ellos nada fáciles de afrontar y remontar, pues como subrayaba por entonces el también prestigioso intelectual mexicano Héctor Aguilar<sup>54</sup>, las inercias de tantos años ofrecen tenaz resistencia a todo conato de cambio.

El Partido de Acción Nacional se aplicó, desde luego, a intentar sacar adelante su ingente programa reformista durante los consecutivos mandatos de sus líderes Vicente Fox y Felipe Calderón, doce años en total, con resultados sectorialmente satisfactorios, pero insuficientes e incluso cuestionables en su conjunto, como lo evidencia la derrota de Calderón en las elecciones generales de julio de 2012 frente a Enrique Peña Nieto, candidato del PRI y actual presidente de México. Este, a su vez, se ha trazado un vasto plan de actuación, que incluye como objetivos prioritarios la modernización de las infraestructuras del país, erradicar la pobreza de amplios sectores populares y por tanto la desigualdad social, reducir los niveles de delincuencia (sobre todo la relacionada con el narcotráfico y migraciones clandestinas en las regiones fronterizas con Estados Unidos), impulsar y modernizar la instrucción pública y fomentar y afianzar hábitos democráticos de ciudadanía. También impulsar un crecimiento sólido y sostenible que afiance la que es ya la segunda economía de Iberoamérica, favoreciendo la iniciativa empresarial y la inversión extranjera (en el momento presente se computan ya, entre otras, 4.000 empresas españolas), pero persiguiendo monopolios y abusos todavía muy extendidos.

Para la consecución de tan ambicioso y loable programa se ha puesto en marcha un severo plan de austeridad en el gasto público, señalándose como

53. FUENTES, C.: “Ganamos todos”, *El País* (Madrid), 4 julio 2000.

54. AGUILAR CAMÍN, H.: “México, el cambio y las inercias”, *El País* (Madrid), 2 diciembre 2000.

meta inicial el logro de un déficit cero en 2014. A la consecución de este objetivo apunta, en efecto, drásticas reformas institucionales llamadas a transformar en unitario el tradicional modelo federal mexicano. De entrada los Estados Unidos de México han pasado a denominarse República de México, o México simplemente, con la consiguiente transformación de los estados en simples distritos regionales, y consiguiente supresión de funciones innecesarias o duplicadas y del funcionariado correspondiente. Reforma esa completada con otra jurídico-institucional consistente en la fusión en uno solo de los 32 códigos de los desaparecidos estados. Por último, tampoco se escatiman los esfuerzos conducentes al incremento en lo posible del peso de la nación mexicana en el marco internacional. Como refiere un observador<sup>55</sup>, “... El PRI recibe un país atenazado por la violencia, pero también en pleno despegue económico”. Un despegue que, desde luego, sobrepasa positivamente día tras día los datos computados en el punto de partida.

Ahora bien, el camino a recorrer para la consecución de tan ambiciosos objetivos es arduo, y grandes las dificultades a superar. Sobre todo las derivadas de la inseguridad social, el elevado paro obrero, la pobreza y marginación de amplios sectores sociales, y los abusos impunes de bien consolidados monopolios político-sociales y económicos. Retos todos ellos, entre otros, a cuya resolución vienen aplicándose el triunfante y en parte renovado PRI, y el nuevo y joven presidente Peña Nieto. El tiempo indicará los resultados y alcance de sus esfuerzos.

55. CAMARENA, S.: “Una herencia envenenada”, *El País* (Madrid), 2 diciembre 2012. De interés, a su vez, en el mismo diario y día la percepción del también corresponsal Luis PRADOS “Peña Nieto promete transformar México”.